

Comunidades de fe en la búsqueda de personas desaparecidas: La importancia del ecumenismo en la articulación de alianzas

R. Aída Hernández Castillo

(Integrante del Eje de Iglesias de la VI Brigada Nacional de Búsqueda)



Eje de Iglesias en Mazatepec, Morelos. Foto: Aída Hernández



Inicio de la VI Brigada en Catedral. Foto: Richard Cisneros

Participar en el Eje de Iglesias en el marco de la VI Brigada Nacional de Búsqueda, reconfirmó mis convicciones en torno a la importancia de la fe y la espiritualidad para fortalecer las luchas de los colectivos de familiares de personas desaparecidas. También fue un proceso de aprendizaje en torno lo fundamental que resulta articular alianzas entre distintas comunidades de fe, que a pesar de nuestras diferencias, compartimos el compromiso con quienes viven las múltiples violencias que conlleva la desaparición de personas.

Quienes nos hemos formado en el activismo por la justicia social desde espacios laicos, muchas veces nos hemos distanciado de los espacios religiosos institucionales por el desencanto que hemos tenido ante las jerarquías de nuestras iglesias que no han estado a la altura de los retos que representa el acompañamiento espiritual de quienes han experimentado múltiples agravios en contextos de violencias extremas. Las iglesias ensimismadas en una liturgia que no voltea a ver a su alrededor y no se compromete con la transformación de los contextos lastimados por la desigualdad, han perdido a muchos de sus feligreses y se han convertido en espacios de sordera y silenciamiento. En lo personal, hace muchos años que rompí con los espacios institucionales católicos, en donde no encontré eco a mis búsquedas espirituales.

Han sido las madres, esposas, hermanas de las personas desaparecidas las que me han mostrado de nuevo el camino de regreso a la Ruah Divina. Su fe y su fortaleza para buscar todos y todas, a quienes han convertido en sus hijos e hijas, son para mí una manifestación más del amor de Dios. He tomado conciencia que al renunciar a ser parte de una comunidad de fe, como rechazo a las jerarquías religiosas, fue como “tirar al niño junto con el agua”... Confundí la institucionalidad con la espiritualidad y olvidé que todos y todas somos iglesia y no solos los clérigos que dicen encarnar a Dios en la tierra. Conociendo a familiares y solidarios que confluyen en el eje de Iglesias, pude ver en su mirada, en sus palabras, en sus silencios, y su escucha amorosa, la presencia de la fuerza Divina.

Tal vez algunos y algunas son consideradas “rebeldes con causa” en sus propias comunidades eclesíásticas, y es tal vez esa rebeldía contra el status quo, lo que nos une. Una rebeldía ante las complicidades de la indiferencia y ante la ritualidad desencarnada. Caminar al lado de cada uno y una de ustedes me llenó de energía política, me recordó la importancia de la fe como motor para seguir luchando por un mundo más justo y para construir comunidades de esperanza que confronten la pedagogía del terror que se ha impuesto en nuestras comunidades y territorios, con la pedagogía del amor, que le apuesta a reconstruir los tejidos fracturados de nuestra sociedad.

En especial me ha inspirado la energía y el compromiso de Paola Clericó, su sencillez, su ritmo imparables para construir puentes ecuménicos, para decir la palabra de aliento y para dar el abrazo de consuelo. Lamenté de nuevo que las mujeres aún no puedan ser Obisipas en nuestra Iglesia.



Hermana Paola Clericó en Tetelcingo. Foto: Cecilia Lobato

La procesión ecuménica por las avenidas de Cuernavaca, confirmó que la Iglesia se construye cada vez que recordamos que es el amor lo que moviliza nuestras búsquedas, al grito de ¿Por qué los buscamos? ¿Porque los Amamos! fue que construimos desde las calles, una comunidad de fe y de esperanza.

Para mí el Evangelio y la Palabra de Dios se manifestó en los testimonios de Doña Mary, de Vero, de Lore, de Doña Asunción, de Vicky, de Angie... Son “Voces Proféticas” nos recuerda Sandra Márquez y me explica con paciencia, ante mi ignorancia teológica, que se refiere a como son ellas las que nos anuncian la presencia de Dios en la Tierra.



Procesión en Cuernavaca de la VI Brigada. Foto: Richard Cisneros



Doña María Herrera y Lorena Reza del Eje de Iglesias en Huitzilac. Foto: Cecilia Lobato

En nuestros recorridos por las distintas Iglesias: las católicas, las del Séptimo Día, las Anabautistas Menonitas, ellas remueven corazones, de manera sutil les recuerdan a los clérigos que no han estado a la altura de la crisis de derechos humanos que enfrentamos... pero que nunca es tarde, que aún pueden caminar a su lado, acompañar sus búsquedas, a la vez que los invitan a buscar en su interior esa humanidad que se ha perdido con la naturalización de las violencias.

Al llevar esta energía espiritual a las cárceles, oraron también por quienes sufren las violencias carcelarias, quienes han sido separados y separadas de sus familias por un sistema punitivo castiga a las pobres y protege a los poderosos. Fue desde el amor que las madres, hermanas, esposas de los y las desaparecidas, les hablaron a las personas presas y lograron conmovier a algunas hasta las lágrimas. Recibieron con el corazón abierto los poemas, las canciones, las palabras de aliento de las Hermanas en la Sombra que

desde la prisión vienen acompañándolas a la distancia. También trataron de entender las actitudes indiferentes de quienes volteaban la mirada para no enfrentar sus culpas y no correr el riesgo de encontrarse con el rostro de alguien a quienes hubieran violentado. No se dejaron lastimar por esta hostilidad, y llevaron con ellas solo las oraciones y mensajes de quienes compartieron sus saludos sororales.

Pero para mí fue en las procesiones de a las fosas de Tetelcingo y Yecapixtla, donde se manifestó de manera más contundente la fuerza de la fe. En Tetelcingo clavamos una cruz y sembramos flores para poner vida en donde hubo muerte y convertir en espacio sagrado el terreno en donde fueron encontrados Israel Hernández, hermano de nuestra compañera Edith y Jessica Mercado, la hermanita de Yadira, quienes fueron rescatados del olvido, junto con otras 117 personas de las cuales 107 aún esperan ser identificadas para regresar a casa.



Eje de Iglesias participando en las visitas a CERESO, en Cuautla. Foto: Aída Hernández



Acto Litúrgico en las Fosas de Tetelcingo. Foto: Cecilia Lobato

Al igual que en las fosas clandestinas que me ha tocado excavar con Las Rastreadoras de El Fuerte, las fosas encontradas en esta brigada se convirtieron en espacios de esperanza. Hace cinco años en mi primer hallazgo en el Norte de Sinaloa, Las Rastreadoras me enseñaron a exorcizar el miedo, ellas me transmitieron el cariño que sienten ante los muertos anónimos, no se trata de cadáveres, o de osamentas, no es el cuerpo como evidencia, sino el cuerpo como persona, son los hijos o hijas de alguien, el esposo o la esposa de alguien o el padre o la madre de alguien. Ellas les hablan con cariño, en primera persona...Las estrategias de deshumanización que trataron estos cuerpos como deshechos y los tiraron en un terreno baldío, son revertidas por sus voces y sus oraciones que los re-humanizan.

Estos rituales se repiten en la mina de arena de Mixtlacingo, en el municipio de Yecapixtla, en donde se encontramos los restos de unas ocho personas, y se sospecha que puede haber muchas más. Desde antes de llegar a las fosas, en la misa y en el atrio del Convento de San Juan Bautista, nos encontramos con una comunidad herida por la violencia. Ahí empezamos a cargar la cruz que dice “Buscando nos Encontramos”. Ahora es el cuerpo de Manqui, con sus cabellos blancos, el que cargando la cruz, hace un anuncio profético.

Es con esta misma cruz que hacemos una procesión alrededor de la fosa de Mixtlacingo y la clavamos en la parte más alta del banco de arena, para que acompañe los procesos de exhumación de estas personas. En un ritual amoroso las familias convirtieron este campo de exterminio en un espacio sagrado, hablándoles a los cuerpos y a las almas de quienes fueron violentados, les prometieron un pronto regreso a casa. Los muertos encontrados en Mixtlacingo, ya no son más hallazgos forenses u osamentas, sus vidas y muertes han sido dignificadas por estas familias que ahora oran por ellos y ellas y los han integrado ya a sus redes de afecto y cuidado



María Cleofas Lugo (Manqui) de Las Rastreadoras de El Fuerte en Yecapixtla. Foto: Aída Hernández

Gracias a cada uno y cada de las integrantes del Eje de Iglesias de la VI Brigada Nacional de Búsqueda, por enseñarme durante estas dos semanas, desde el ecumenismo a re-encontrar el camino hacia el amor de Dios, a sentir la fuerza de la fe y a reafirmar mi compromiso con las familias que buscan y que buscando nos ayudan a encontrarnos.



Clavando la Cruz en las Fosas de Yecapixtla. Foto:Aída Hernández